

*BELIGERANCIA DEL LENGUAJE*

Escribe: CARLOS LOPEZ NARVAEZ

Para un intrascendente, y desde luego extra-académico escarceo en torno al tema así enunciado conviene echar por delante que los conceptos *palabra, idioma, lengua, habla, lenguaje* se contienen recíprocamente desde un punto de apreciación genérica, indiscriminada. En esta divagación entramos opinando que el potencial de la palabra como arma de ataque y de defensa, es decir su capacidad beligerante, dimana primordialmente de la naturaleza y el temperamento individuales, y complementariamente de la preparación y dotación cultural de quien habla o escribe; naturaleza y temperamento en que actúan el ancestro y la impregnación del medio recibidos o adquiridos simultáneamente con el idioma, habla o lengua, y preparación lograda con estudio y lecturas.

Conviene, sinembargo, un previo diagnóstico diferencial o positivo entre los términos *lengua* y *lenguaje* para concretar alcances específicos. Filológicamente, lengua vale exactamente lo que *idioma* o *habla*; y decimos: idioma, lengua o habla de Castilla, caudal de vocablos y su ordenación gramatical racional para entendimiento de viva voz o por escrito, como formas de convivencia. *Lenguaje*, en cambio, se circunscribe a algo menos, y abarca, al mismo tiempo, algo más: es la peculiar manera que el individuo, o un grupo, o una colectividad determinados le imprimen a la lengua que hablan, al idioma que usan. Los ejemplos aclaran estos matices: los Caballeros usan un lenguaje muy distinto del de los escuderos; es ínfula ridícula usar con los obreros el mismo lenguaje que ante la Academia; el lenguaje del cirujano catedrático necesariamente difiere del de ese mismo cirujano cuentista o poeta; la petulancia ignorante trata a los subalternos con lenguaje soez y a los superiores con lenguaje servil.

Mucho mayor es la equivalencia o sinonimia entre *idioma* y *lenguaje*. Se dice: el idioma o el lenguaje de las flores, el idioma o el lenguaje de las aves; "el lenguaje de las flores" (García Lorca); "la princesa hablaba el lenguaje de las aves" (Guillermo Valencia, *Catay*). En cambio nadie ha dicho, que sepamos, la lengua de los ojos, o el habla de los besos, sino el lenguaje de los ojos, el idioma de los besos: quizá una lógica sutil y subconsciente explica el último ejemplo, pues el besar inhibe el *habla*. Y tan cierto es que *lenguaje* vale por *estilo* o sentido o intención que el

proceso cromático cronológico de los besos es el que mejor evidencia su significado como lenguaje afectivo: el ceremonioso y convencional besamanos; el tierno y casto beso de la frente; el férvido beso en los ojos; el llanamente cariñoso beso en las mejillas; el conturbador beso en el cuello, y el sumo y soberano beso a cuatro labios. Podría alargarse la ejemplarización hasta dar los más diáfanos y finos matices: v. gr., la ira puede quitar el habla, pero no el *idioma*; un terror puede hacernos tragar la lengua, pero no el *idioma*.

A la sombra, pues, de estos matices podemos ir adelantando que el potencial de ofensiva y defensiva de la palabra hablada o escrita depende de la modalidad funcional que demos al idioma; es decir, depende de nuestro lenguaje, de la intención que lleve, del objetivo que busque al blandirlo o dispararlo.

En la alabanza y la diatriba sobre la palabra se han ido ya toneladas de tinta y papel, y el tema, como el ave del mito, acaba siempre renaciendo de sus pavesas. Poco ha que, entre mucho más he leído un buen ensayo lírico sobre la palabra en función de golpe y quite; trazaba una parábola ceñida a la ética, la estética y la épica de la palabra misma; solo que consideraba restrictivamente el escueto sér de los vocablos, como si dijéramos por su olor, color y sabor en sí mismos: como elogio o como ultraje, como arrullo o como ahullido, como miel o como hiel; en suma, como comprimidos interjectivos o expresiones más o menos proposicionales animadas de pasión buena o mala; ejemplos: Viva! Abajo! Primor! Zorróna! Eres un sol! Por ahí te pudras! Dios te guarde! Mala puñalá! etc. Pero es que estas expresiones mono o poliverbales no son planos ni perfiles únicos en el semblante dulce o torvo, claro o turbio, pulcro o sórdido, del lenguaje; son fases de su juego emocional, con escasísima intervención o lucubración cerebral y dinámica realmente ideológica. Quizá no cabría aquí el viejo aserto de que la palabra es la expresión del pensamiento, pues más y mejor ha sido explosión de emotividad. El lenguaje arrabalero, los especímenes del dicterio, las deyecciones de la adulación, el chisme o la ira —trillizas de dañado y punible ayuntamiento— para nada cuentan en la valoración específica de la palabra en función de ataque o de defensa, en los palenques caballerescos del lenguaje con la sola arma del idioma: las palabras como las espadas, relumbran tanto más airoas en el florero de sus embates y paradas cuanto más exacto está su pomo en el puño de quien da el asalto o lo repele frente a frente. Toda su eficacia vigorosa, ofensiva o defensiva, la palabra la asume y realiza bajo el imperio mental y la dinámica consciente de quienes la esgrimen, tizona y lanza, o la ciñen, yelmo y escudo. Valencia el Grande solía adoctrinar en este punto diciendo: “que en lides de palabra o de pluma, las vehemencias resultan casi siempre de dudosa eficacia, y desde luego de dudoso gusto; serenidad en el ataque y en la defensa duplican precisión y efecto: la pedrada rebota, la estocada y el tajo penetran”. Por algo lo diría el invicto león de cien duelos parlamentarios y literarios: el patricio que dos veces se salvó de esa silla eléctrica que es el solio presidencial de los colombianos.

Vaya una anécdota ilustrativa de esa máxima eficacia en la dinámica serena del lenguaje: Rabioso un mal borracho con los rechazos que

recibía de una modestísima pindonga a la que asediaba burdamente, optó al fin por dejarla lanzándole un “Adiós, perra!” que la pobre, sin alterarse le contestó con un “Adiós hijo!”.

Es inobjetable que la palabra, expresión hablada o escrita del pensamiento, debe ser, por sobre todo, una función estética, así se trate de la más modesta artesanía lingüística o del más austero de los diálogos. Es que con el lenguaje suele ocurrir lo que con la ropa: cuanto más discreta en su corte y limpidez, más gratamente luce; vivir “echándose el baúl”, como dicen los sabaneros atenienses, o “echando percha”, como dicen los castizos pubezanos, o sea pasársela estrenando ropa y léxico, traje o diccionario, sabe y huele no poco a rastacuero. En estos particulares aun llegó a decirnos el propio Cicerón que “debajo de modesta capa alienta la sabiduría”.

Entiéndase bien, sin embargo, que nada de lo dicho se opone con el ingrediente característico de cada clase o nivel social; y va otro caso ilustrativo: Trabajaban en el atrio de la Catedral dos limpiabotas; azambado y soez el uno, zarco y fino de facciones el otro. Sabido es que la mayoría de estos muchachos nacieron sentenciados a orfandad perpetua desde el primer instante de su ser natural. Y cuando en el orfanato se les ve ya capaces de funcionar por sí solos, pues con un overol, un cajón —la *pianola*, como dicen ellos— cepillos, paños y betunes, al agua, patos, a ganársela como Dios ayude. Dábanle los chinos al oficio cuando el zambodio en soltar comentarios procaces sobre las fermosas y elegantes féminas que cerca le pasaban. Llegó a tan repugnante extremo que el zarco le soltó este genial sopapo: “Vea, so desgraciado, respete, que ahí puede estar la madre de úno”.

Como bien va apreciándose, la capacidad combativa del lenguaje, su temple, filo, punta, su precisión como descarga, su resistencia como escudo, dependen de tres cosas: primera y ante todo, de la sensibilidad mental que actúe —acción o reacción— en la expresión de ideas y sentimientos. Segunda: del dominio y extensión con que se posea el idioma. Tercera: de la pericia, ya como dón ingénito, ya como arte adquirido por asimilación de ambientes o en lecturas; pericia con que se asuman aquellas actitudes o se manifiesten aquellas reacciones sentimentales y se empleen dominio y arsenal de vocabulario. Estos tres factores han de actuar mancomunadamente sincronizados. De no: —para qué le servirían a un retardado mental o a un carácter servil millares de vocablos, océanos de lecturas, si le faltan el dinamismo mental o los resortes cordiales? De lo mismo que los ímpetus anímicos, o la conciencia de la propia dignidad a quien careciera de expresión para hacer funcionar aquellas excelencias. Inteligencia sin cultura, talento sin dinámica espiritual son aviones sin piloto. Erudición sin inteligencia o sin sensibilidad temperamental es granero sin molino y sin horno para convertirse en pan.

Y para uno y otro caso el *quid divinum*, don providencial, sexto sentido en el buen uso, ético y estético, de facultades y de haberes idiomáticos que nuestro *lenguaje* transforme en espada caballeresca, de conquista o de sanción, o en broquel donde se deshagan las acometidas a los ideales o a los sentimientos que instituyen una personalidad.